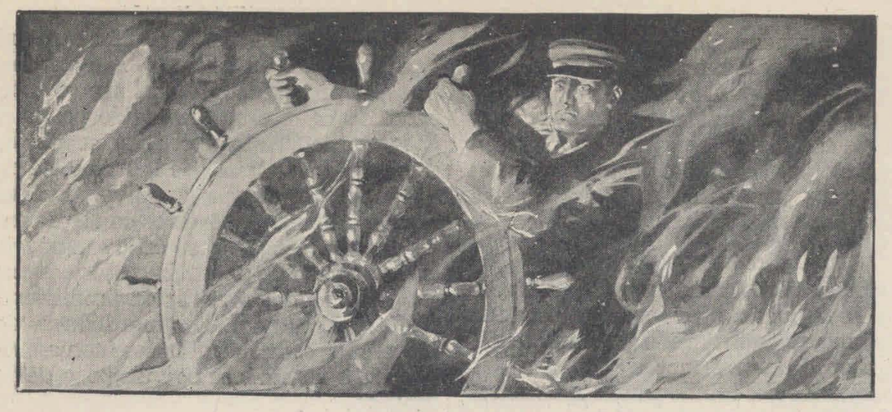


EL PILOTO JUAN MAYNARD

BAJO las densas tinieblas de la noche, un soberbio vapor se deslizaba por las aguas tranquilas, pero peligrosas, del océano, ya próximo al fin de su viaje. Dormían pasajeros y la mayor parte de la tripulación en sus literas, y el capitán disfrutaba de bien merecido descanso en su camarote. Allá arriba, en el puente, el piloto Juan Maynard, que había dejado a su mujer e hijo, a quienes amaba más que a su propia vida, conducía el majestuoso barco al puerto de destino.

Era la noche, una de aquellas tan tenebrosas, en que en vano luchan los ojos por ver el vasto mar que rodea la nave. Ni una estrella brillaba en el cielo. La misma luz de los fanales se estrellaba, moribunda, contra las negras murallas de aquella oscuridad que circundaba el barco. Tan sólo se oía en la inmensa soledad el chapotear de las ruedas y el grave y ronco murmurio del tranquilo mar.

Era tal la placidez de las ondas, que hubiese sido un despropósito soñar en un desastre y la noche era sin igual, para el feliz término de la peligrosa travesía, y para gozar de la alegría de un venturoso regreso al hogar.

Mas de pronto, se eleva un terrible grito de angustia sobre la oscura masa del vapor, el grito de « ¡fuego! »

Minutos después, las tinieblas habían huído; y la rojiza y siniestra luz de las llamas alumbraban los horrorizados rostros de los pasajeros. Ya no era sólo el murmullo de las aguas y el voltear de las ruedas entre la espuma de las olas; el sordo mugir y el estridente silbido de las llamas que se erguían en retorcidas nubes de centellas, aumentaban aquel singular concierto.

De pie sobre cubierta, gritó el capitán enérgicamente:

—Escuchad, diez minutos de paciencia y habremos llegado a tierra. No desesperéis. Nuestra salvación está en manos del piloto. Si éste puede permanecer en su puesto, pronto desembarcaremos.

Volvióse entonces y llamó.

—Juan Maynard, ¿estás ahí?

Desde el puente llegó la rápida respuesta.

—Sí, señor, en mi puesto.

Como por maravilla la desesperación tornóse en calma, pues la respuesta había sido tan pronta y tan segura. Diez minutos aún y todos estarían en salvo.

Pegado a su rueda, veía Juan Maynard a las madres riendo y besando a sus hijos que sonreían acariciados por sus padres.

En tanto el barco, convertido en ingente llama, surcaba la engañosa llanura del mar en marcha veloz, ¡era una carrera de fuego!

¿Tendrían tiempo de tocar tierra? Cada vuelta de las ruedas era un paso hacia la salvación y a cada momento crecía la furia del incendio.

¿Qué era del piloto? ¿Continuaba ante la rueda?

—¿Estás ahí, muchacho?—le voceó el capitán.

No hubo respuesta.

General abatimiento se posesionó de los ánimos de aquellas gentes y ya, acosados por el terror, se entregaban todos a la desesperación, cuando llegó una voz tan débil, tan lenta y sofocada, que parecía venir de muy lejos.

—Resisto cuanto puedo—decía Juan Maynard.

En un momento, apartáronse del piloto los pensamientos de los pasajeros. Allá ante su vista, brillaban las luces de la costa. Un grito de júbilo ascendió de la cubierta. Finalmente, estaban salvados. La carrera con el fuego estaba ganada. La tierra se acercaba, ya las casas eran visibles, las torres de las iglesias, los letreros de las tiendas y las luces de las calles.

En el puerto, varios botes avanzaban en su busca.

Desde el puente veía Juan Maynard, cómo las madres estrechaban a sus hijos contra el pecho, y pensó en su hijito querido que a aquellas horas dormiría tranquilamente en su casa tan lejos de allí.

Finalmente, el vapor, semejante a una inmensa hoguera, entró en el puerto. Arrojáronse los pasajeros a los botes y ni uno solo tuvo un pensamiento para el abnegado piloto.

Al borde del puerto una compacta muchedumbre contemplaba el imponente espectáculo que ofrecía el barco en llamas.

No bien se había puesto en salvo la última persona, cuando hicieron explosión las calderas de vapor con ensordecedor estruendo y Juan Maynard fué lanzado a las regiones de la muerte.

Su recuerdo vivió perenne en muchos de los que habían pasado tan angustiosas horas en el siniestro barco, y la más vívida impresión de su vida, fué el aspecto del rostro de Juan Maynard, manejando heroico la rueda entre los torbellinos de humo y la furia de las llamas.

EL SILENCIO DEL CAZADOR FURTIVO

HACE unos cuarenta años fué asesinado en cierto país un guardabosque y detenidos como presuntos autores del crimen dos cazadores furtivos que fueron procesados. Celebrado el juicio, no cupo la menor duda de la culpabilidad del asesino, pues uno de los cazadores confesó que él solo había cometido el asesinato. Mas fué tal su confesión que por una u otra razón hubo un presentimiento general de que aquel hombre era inocente, lo cual despertó el interés por la causa.

Por último, pronunciado el veredicto y leída su sentencia de muerte; los amigos del condenado determinaron hacer todo lo posible para que fuese revocada, y así alegaron que el prisionero sufría de una deformidad en el cuello que le causaría en el patíbulo horrible tortura. El resultado de sus gestiones fué el aplazamiento de la ejecución.

Cuando acabó la prórroga, el condenado fué sometido a un examen pericial, después del cual los doctores declararon que no había impedimento alguno para que aquel hombre subiese al cadalso.

Así, pues, el reo fué condenado a muerte por segunda vez.

Perduraba entre sus amigos el convencimiento de su inculpabilidad, y por consiguiente formularon nuevas peticiones para obtener la suspensión de la ejecución de la sentencia.

Fueron ellas tantas y tales, que la ley otorgó nuevo aplazamiento y la sentencia de muerte fué conmutada por la de cadena perpetua.

Dos palabras muy breves, pero de terrible significado. El condenado a esta pena cesa de ser hombre para convertirse en un número; su hoy y mañana son de desoladora monotonía; nadie le tiende una mano amiga y toda su existencia gira dentro de los muros del presidio.

Más de una vez suspiró el infeliz por la horca a que había sido primeramente condenado, pues durante treinta años, los días, semanas y meses eran una eternidad en la prisión. Al fin, purgada su pena, fué puesto en libertad.

Era antes de su condena un hombre fuerte y vigoroso, de cabellos negros, ojos brillantes y tez sana, mas al dejar el presidio su cabeza estaba cubierta de canas, encorvada la espalda, y su rostro llevaba para siempre la palidez gris de la celda.

Su compañero de correrías había fallecido, y al saberlo contó la historia de su crimen. No había sido él, sino el muerto el asesino del guardabosque. Refirió cómo aquel le había herido con la culata de su escopeta, arrojando después el cadáver a un pantano. Él no había tenido parte alguna en el hecho.

¿Por qué, pues, se declaró culpable? ¿Por qué quiso oirse condenar a muerte por dos veces y gustó de ir, siendo inocente, a vivir treinta horribles años de sufrimiento y tortura en un presidio?

Su respuesta nos enseña que aun en los hombres más malvados hay un resto de bondad. Este inculto ladrón había guardado silencio, porque el verdadero asesino tenía mujer e hijos a quienes mantener, mientras él era solo. Este hombre sencillo y de rudo corazón, había sacrificado su vida por aquella pobre familia.

DESGRACIADO FIN DE UN MAL MINISTRO

ELIOS eyano, favorito y ministro de Tiberio, era hombre ambicioso y tan ávido de mandar, que llegó a poner los ojos en el poder supremo. Todos sus actos se inspiraron siempre en la más refinada hipocresía. Simuló fidelidad al emperador y ejerció toda clase de intrigas, engañando a quien le había elevado al alto grado de jefe de los pretorianos.

Poco a poco fué asumiendo el mando de todas las tropas y rodeándose de las atribuciones y honores de viceemperador, a los que añadió la investidura de sacerdote romano. En medio de todas estas distinciones puso gran empeño en hacer pasar por virtudes los mismos vicios que afeaban su manera de proceder, así en política como en religión, y logró, con sus malas artes, ser el ídolo del pueblo, que llegó a colocar su busto junto al del emperador.

Pero el hijo de éste, Druso, conociendo la doblez y falsía de Seyano, le cobró gran odio, y disputando con él acaloradamente, un día cruzóle el rostro de una bofetada. El ofendido, entonces, sin acordarse para nada de su condición de soldado, no desprovisto de valor, apeló al más ruin de los medios para vengarse; y al efecto, con la mayor hipocresía del mundo, procuró atraerse poco a poco la voluntad de Livia, la esposa de Druso, fingiendo estar locamente enamorado de ella; y habiendo logrado su propósito, la indujo a envenenar a su marido. Así lo ejecutó, en efecto, la perversa mujer, y para coronar su infamia, llamó después a Seyano a su casa, y le mostró el cadáver de Druso.

Desde este momento, los cómplices del asesinato comenzaron a sufrir las consecuencias de su horrible crimen; y aunque no se descubrió por entonces, tales fueron los remordimientos que se levantaron en la conciencia de ambos que no podían gozar un instante de reposo.

Desde entonces la estrella de Seyano se fué eclipsando gradualmente, hasta que al fin se descubrieron todos sus actos; el hipócrita quedó desenmascarado, y aunque intentó realizar nuevos actos de venganza, sólo consiguió aumentar su descrédito. Tras no pocas humillaciones y contratiempos dolorosos, se le condenó a muerte; y sus estatuas fueron arrancadas de los pedestales y pisoteadas por el pueblo romano.



DE CÓMO PERDONABA RICARDO CORAZÓN DE LEÓN

RICARDO, CORAZÓN DE LEÓN, rey de Inglaterra, era famoso por su bravura en las batallas, su indómito valor y su devoción a la causa de las Cruzades, pero demostró que su clara inteligencia y su grandeza de alma corrían parejas con su energía física. Perdonaba siempre al enemigo, y se mostraba generosísimo con él.

Su hermano Juan se aprovechó de su ausencia para injuriar a Ricardo y usurparle su trono, pero bastó que su madre intercediera por *Juan sin Tierra* para que le perdonara. Franco, rumboso, era adorado por sus soldados y conquistó la caballeroso estimación de su enemigo, Saladino el Sarraceno.

La tendencia de Ricardo Corazón de León a perdonar aparece más clara que en ningún otro acto de su vida en el trato que dió a un rebelde que le había inferido una herida mortal. Vidomar, vizconde de Limoges, había hallado un tesoro en sus tierras, pero no quiso cederle a Ricardo la parte que, en calidad de señor natural suyo, le reclamaba. El rey le sitió en el castillo de Chaluz, residencia de su vasallo, y un día que daba la vuelta a las murallas para ver qué sitio sería más favorable para abrir brecha, Bertrán de Gurdun, reconoció desde el adarve a Ricardo y le disparó una flecha que fué a darle en el hombro. La herida era leve pero fué mal curada y se convirtió en mortal. Cayó el castillo en poder de las tropas de Ricardo, y Bertrán de Gurdun, fué preso y conducido a presencia del rey.

—¡Desgraciado!—exclamó éste incorporándose en el lecho.—¿Qué te he hecho yo para que así atentaras contra mi vida?

—Con vuestra mano matasteis a mi padre y a mis dos hermanos—replicó su asesino.—Ya me he vengado. Ahora soportaré los más horribles tormentos a que podáis someterme, los mayores males que haya en el mundo, contento de haberos dado muerte.

Ricardo no se ofendió con las palabras del joven, y repuso con bondad:

—Te perdono.—Volviéndose entonces a sus servidores, como indica nuestro grabado, exclamó:—Quitadle las cadenas y entregadle cien chelines.

Pero entonces el joven se resistió, y pidió que le devolvieran la espada, rehusando aceptar la clemencia del rey.

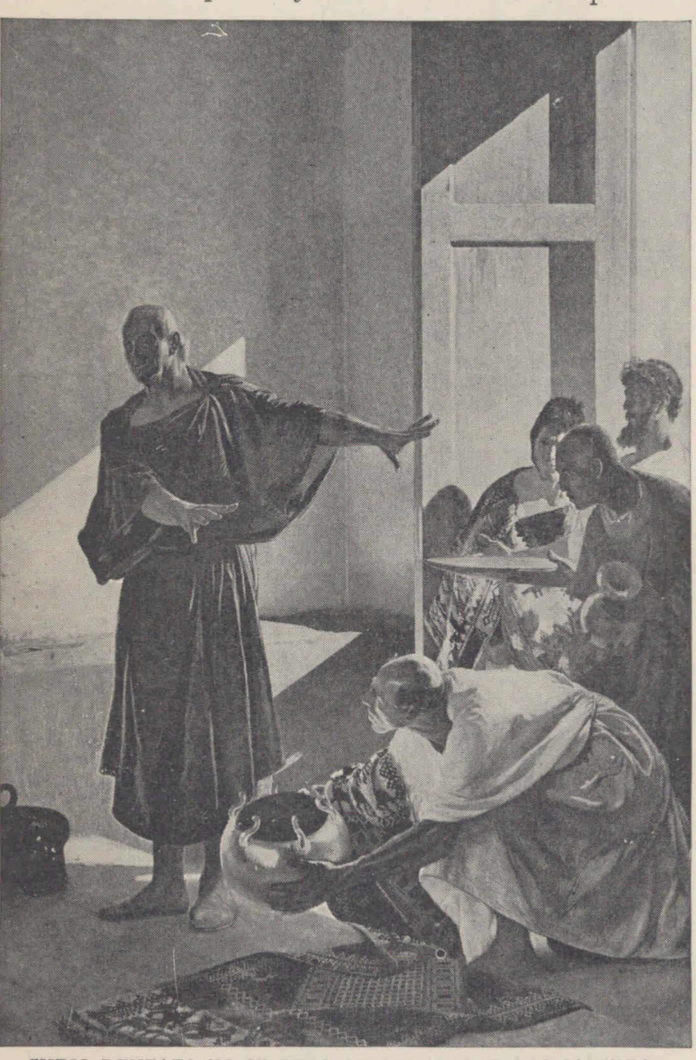
—Dejadle que viva por mi generosidad,—murmuró el agonizante rey.

Pero Gurdun no recobró la libertad, pues los servidores de Ricardo no tuvieron piedad de él, y condenáron le a muerte.

Con todo, el perdón de Ricardo a su asesino demuestra que era tan bravo soldado como misericordioso rey, pronto siempre a perdonar.

UN HÉROE INTEGÉRRIMO DE LA ANTIGUA ROMA

ALCANZÓ Roma su poderío por ser sus ciudadanos hombres honestos, sencillos, duros para el trabajo, amantes de su patria y bravos combatientes, y estar además sabiamente gobernados. En sus comienzos, aquel pequeño Estado se hallaba rodeado de enemigos, y los hombres tenían que abandonar sus haciendas para defender la ciudad contra los volscos, los samnitas y otros pueblos.



CURIO DENTATO NO SE DEJA SOBORNAR POR LOS SAMNITAS

Uno de los más valientes entre aquellos primeros romanos fué el labrador y estadista Curio Dentato, que había peleado contra Pirro y vencido a los samnitas en sus altos valles de los abruptos Apeninos. Tan estimado era de sus conciudadanos que fué elegido por tres veces cónsul o gobernador del Estado, y alcanzó dos veces los honores del triunfo, que era la mayor distinción para un romano.

Pero, cuando la guerra terminaba, Dentato retirábase a su granja y trabajaba en los campos con sus jornaleros, hasta que era llamado otra vez; era hombre fuerte, cuyo carácter imponía respeto, y vivía como un simple campesino, para quien no tenían el menor atractivo el lujo y las comodidades.

Una vez los samnitas le enviaron mensajeros portadores de valiosos presentes de oro con la esperanza de sobornarle y atraerle a su causa. Halláronle los emisarios sentado en un campo, cociendo nabos en una cazuela de barro. Cuando Dentato vió el oro se echó a reir, negándose a recibirlo y diciendo que su deseo era imponer su mando sobre aquellos que vivían en la opulencia mientras él continuaba en la pobreza, y que jamás habría de ceder en la batalla, sobornado por dinero. Los samnitas avergonzados, se llevaron los presentes que habían traído.

Hombres de este fuste fueron los que fundaron el imperio romano, después de aprender el secreto de gobernarse a sí mismos y preferir el honor a la riqueza.

LA HEROÍNA DE LA VERDAD

CERCA de dos siglos hace que vivía en Edimburgo, capital de Escocia, una doncella hija de una familia del pueblo, sumamente pobre. Regía por entonces una ley, asaz injusta, cuyo quebrantamiento era castigado con pena de muerte.

Tenía nuestra heroína, llamada Elena, una hermana menor, a la cual quería tiernamente y hubo por desgracia de ser condenada por infracción de ley aunque en realidad era inocente.

Habría podido Elena, si hubiese querido, irles a los jueces con alguna invención, que no hubiera sido desmentida y demostrar así que su hermana era inocente del delito de que se le acusaba; le habría sido dable salvar a su hermana refiriendo una mentira, pero en manera alguna quiso apelar a tal medio.

Juzgaba Elena que no hay circunstancia alguna que pueda justificar la mixtificación de la verdad; hubiera dado su vida alegremente por salvar la de su hermana, pero así como no había sido capaz de mentir para salvar su propia vida, así tampoco podía hacerlo para salvar a su hermana.

No se conformaba ésta con semejante proceder; y cuando Elena fué a verla a la cárcel, se echó a sus pies pidiéndole que por misericordia mintiese para salvarla, echándole en cara la crueldad que mostraba negándose a hacer una cosa tan fácil, sólo por creer que aquello era una injusticia. Muchos fueron los que intentaron convencerla de que no se trataba de nada injusto, ya que había poderosas razones para hacerlo así, pero Elena persistió en su idea, resistiendo a toda tentación.

Mas, no por negarse a mentir dejaba de pensar en la salvación de su hermana. Aunque ésta había sido condenada a muerte, si se alcanzaba el perdón del rey, quedaría libre. Pero ¿cómo era posible alcanzar el real perdón? El rey vivía en Londres a centenares de leguas de distancia, y ¿de qué suerte podía una pobre muchacha de Edimburgo, en aquellos tiempos, trasladarse a la capital? Decidióse, sin embargo, a hacerlo y emprendió el camino a pie, hasta que quiso la suerte que pudiera subir a un carro. Aun así, la jornada era pesada, larga y no poco peligrosa, por los muchos salteadores que atacaban a los viajeros y caminantes. Mas no había otro remedio que seguir la ruta si quería salvar a su hermana; al fin, pudo llegar a Londres sana y salva.

Residía, por entonces, allí un poderoso Lord escocés, a quien el padre de Elena había prestado algunos servicios; la joven le escribió una carta suplicándole le prestara su concurso para obtener una audiencia de la reina, pues el rey se hallaba a la sazón ausente. Admirado el noble Lord del valor y la honradez de la doncella se apresuró a auxiliarla, y cuando por fin se vió ésta en presencia de la reina, abogó tan bien por su hermana, demostró de un modo tan palpable su inocencia, que persuadió a la soberana y el perdón fué concedido.

